

**Redefinición de la vida rural en el contexto de la modernización:
Relatos de “ganadores” y “perdedores” en una comunidad rural
en la región pampeana argentina**

Carla Gras¹

Resumen

El Censo Nacional de 2002 mostró la magnitud de los procesos de exclusión de pequeñas y medianas explotaciones en el agro argentino. En la rica región pampeana, la salida de unidades productivas alcanzó a cerca del 25% de las explotaciones agropecuarias en el período 1988 - 2002. Este proceso estructural conllevó múltiples consecuencias en los entramados locales, es decir, en los pueblos y localidades donde tradicionalmente han residido los productores y sus familias. Así, encontramos que muchos de los productores que desplazados de la producción comenzaron a dedicarse a otras actividades laborales no agrarias, otros migraron, otros lograron posteriormente reingresar a la actividad agraria a través de la venta de servicios agropecuarios o bien, arrendando tierras. Otros no lograron reconvertir sus saberes y sus capitales económicos y simbólicos y, aún cuando pudieron reinsertarse laboralmente, han perdido “prestigio” como residentes.

Estas diversas trayectorias son también indicativas de procesos de cambio más profundos en relación con la constitución de modos de vida en el ámbito rural, en particular, los modos de organización de las jerarquías locales, asociadas a la producción de nuevas identidades y “lugares” en el espacio social. Nos interesa explorar las cartografías imaginarias de los “ganadores” y “perdedores” en este proceso, cómo y en qué medida se producen diferencias respecto de categorías y nociones sociales que tuvieron una gran fuerza ordenadora de las formas de sociabilidad en los espacios locales: el trabajo, la asunción de riesgos, el honor y el respeto. En ese contexto, los antiguos marcos que sostenían las relaciones sociales locales se ven afectados y transformados.

La ponencia utiliza material empírico proveniente de una investigación en curso en una localidad del sur de la provincia de Santa Fe, en la región pampeana.

Abstract

The National Agricultural Census of 2002 showed the magnitude of the processes of exclusion of small and medium scale farms in Argentina. In the rich Pampean region, nearly a quarter of farms exited agriculture between 1988 and 2002. This structural process entailed different consequences in local communities where farmers and their families live. Thus, we find that many farmers exiting agrarian business have dedicated themselves to non agrarian activities, while others migrated. We also find that some exiting farmers have managed to “enter back” to agrarian activity, offering farming services with their machinery or even renting land. Others, finally, did not manage to reconvert their economic and symbolic capitals and, even though they have entered new activities, have lost "prestige" as local residents.

These diverse trajectories are also indicative of deeper processes of change in rural life, particularly in the organization of local hierarchies, associated to the production of new identities and positions in the social space. We are interested in exploring the imaginary cartographies of "winners" and "losers" in this process, how and to what extent ideas related to work, risk, honour and respect change and differentiate in its social meanings. Such ideas were of great importance to the forms of sociability acquired in local communities. In that context, the old patterns that gave form to local social relations are affected and transformed.

This paper uses empirical material resulted from a current research in a local community in the south of the province of Santa Fe, in the Pampean region.

¹ Socióloga. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Instituto Gino Germani, Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de General Sarmiento. (blason@arnet.com.ar)

Introducción

Durante la década de 1990, el agro argentino atravesó profundas transformaciones que modificaron extensamente su estructura social. El largo proceso de liberalización económica y política iniciado con la dictadura militar de 1976 culminaba en esa década, trayendo modificaciones de orden político – institucional (baste recordar las medidas del programa neoliberal que implicaron la desregulación de la actividad agropecuaria y la derogación de medidas de protección, que habían regido por décadas), productivo y tecnológico (la introducción de cultivos transgénicos que conllevó cambios en el tipo y magnitud del capital requerido).

El nuevo escenario afectó de manera particular a las explotaciones de tipo familiar, cuya presencia caracterizó históricamente los procesos de desarrollo agrario en el país. El último Censo Nacional Agropecuario lo reflejó cabalmente: entre 1988 (fecha del anterior relevamiento censal) y 2002 el número total de explotaciones agropecuarias disminuyó en cerca de un 21%, a la vez que se incrementó el tamaño medio de las que continúan en actividad. En la región pampeana, la pérdida de unidades productivas alcanzó niveles todavía más altos (25.6%). Si se consideran los distintos tamaños de explotaciones, se observa que la disminución adquiere su mayor expresión (26%) entre las unidades de hasta 200 hectáreas. En total, estos estratos - en los que comúnmente se ubican las explotaciones de tipo familiar - registran 75.293 unidades menos que en 1988, lo cual representa cerca del 93% de la disminución total de explotaciones, indicando que el desplazamiento se condensa principalmente en las unidades de menor superficie (Gras, 2006).

La expulsión de productores no es, sin embargo, la única consecuencia posible de registrar. También se puede señalar, como lo han hecho distintos estudios, la coexistencia de dinámicas de distinto tipo entre los persistentes - incluyendo desde el debilitamiento de un importante conjunto de productores familiares hasta el fortalecimiento y expansión de otros - que resultaría en una mayor heterogeneidad interna de esta capa social, como lo planteara Murmis en un artículo de 1998 en el cual revisaba algunas de las investigaciones más significativas realizadas en el país durante esa década.

En nuestra investigación², abordamos los procesos que derivaron en la expulsión de productores familiares³ durante los años '90 e indagamos sobre el destino de estos productores y de sus familias en términos de sus inserciones ocupacionales posteriores. En relación con el primer aspecto, buscamos comprender las complejas dinámicas implicadas en la crisis y liquidación de la unidad productiva desde una perspectiva que contemplara la interacción entre factores tecnológicos, de mercado, y las decisiones y estrategias puestas en marcha por los productores y sus familias frente a la transformación del escenario agrario.

La salida de la producción directa no sólo tiene implicancias en términos ocupacionales o del nivel de vida e ingresos de las familias. Las profundas y rápidas

² “Desplazamiento de explotaciones agropecuarias en la región pampeana. Características, categorías de destino y efectos sobre el bienestar de los hogares”, Proyecto con financiamiento de la Universidad de Buenos Aires.

³ La categoría “productor familiar” refiere a un heterogéneo conjunto de productores que reconocen algunas características comunes: poseen cierta capacidad de acumulación, son propietarios de un capital productivo (tierra y/o capital fijo o circulante), en cuya reproducción adquiere importancia el trabajo del productor y /o de sus familiares. Es decir, titulares de explotaciones que se caracterizan por la interconexión entre la acumulación de capital y la reproducción y el bienestar de la unidad doméstica.

transformaciones operadas en el agro argentino se verifican tanto en el nivel objetivo como subjetivo. En efecto, los cambios de mercado y de orden tecnológico fueron teniendo sus consecuencias sobre la vida cotidiana de los productores (en las relaciones familiares, de vecindad, en la vida asociativa, etc.) Sin dudas, estas consecuencias adquieren modalidades diferentes al considerar las diversas trayectorias seguidas por los agentes. Así, en las situaciones de expulsión el proceso tiene consecuencias en las identidades, en tanto se trata también de la salida de una determinada categoría social, la de los “chacareros”.

Como fuimos advirtiendo a medida que el trabajo de campo avanzaba, el proceso también conllevaba una reorganización de la posición detentada en la comunidad local, y en consecuencia de los marcos de sociabilidad previos. Tanto los relatos de los que perdieron sus unidades productivas como los de quienes lograron “sortear” la crisis, exponían, al buscar explicar el período reciente, clasificaciones morales respecto de las conductas individuales adoptadas. Estas clasificaciones – en el doble juego social e individual / personal – parecían tener efectos en la resolución de la crisis así como también en la construcción de horizontes posteriores. En definitiva, nos iban planteando el interrogante acerca de la medida en que la reestructuración económica comportaba cambios en las relaciones sociales locales, en los criterios de pertenencia y legitimación social.

En este artículo, nos proponemos explorar estas dimensiones de los procesos de cambio. Para ello, en un primer momento referiremos a los procesos de salida, para recuperar las experiencias de la salida de la producción directa y el modo en que condiciones materiales y simbólicas fueron constituyendo categorías diferenciales de actores. En un segundo momento, abordaremos las reconstrucciones que hacen los sujetos sobre la experiencia de la expulsión, teniendo en cuenta los diferentes trayectos posteriores; en esta instancia, nos interesará explorar los criterios puestos en juego por la clasificación de los sucesos que derivaron en la liquidación de la unidad productiva y en especial de las competencias de los sujetos frente a tales situaciones. Por otro lado, indagaremos en las representaciones que los sujetos construyeron tanto sobre los que resultaron expulsados como los que lograron permanecer y aún consolidarse en la crisis.

1. La expulsión de productores en la región pampeana

Nos situamos en un área de la región pampeana, el sur de la provincia de Santa Fe. Más específicamente en una comuna del departamento de San Jerónimo, en la que residen aproximadamente 5000 habitantes, distante a unos 60 km. de la ciudad de Rosario. Esta zona integra el área núcleo de la producción de soja de la región pampeana. Ella se caracteriza por la presencia de la explotación familiar; la estructura agraria de la zona muestra la impronta de la colonización de principios del siglo XIX, con fuerte presencia de los descendientes de aquellos “gringos” (italianos) que se asentaron en las primeras décadas de ese siglo.

Interesados en abordar las complejas dinámicas involucradas en la crisis y liquidación de unidades productivas durante los '90, reconstruimos por medio de informantes un listado de los productores que en esa zona habían abandonado la producción agraria directa durante esos años. Nuestro listado fue integrándose – como ocurre frecuentemente en la investigación social - de manera conflictiva con nuestros supuestos iniciales: productores que habían vendido sus campos, dedicándose a partir de ese hecho a la realización de actividades laborales fuera del sector agropecuario; productores que al momento de ser entrevistados seguían trabajando en la actividad

agropecuaria como contratistas de servicios. A estos exproductores se sumaban otros -de más difícil “ubicación” para nuestras hipótesis pues suponíamos que la expulsión había cristalizado en una categoría de exproductores con contornos claramente delimitados -, que habían vendido sus campos pero que posteriormente habían “reingresado” como productores en tierras arrendadas o bien tomando parcelas bajo formas de contratismo tantero.

La venta de la tierra aparecía así como un elemento común a trayectorias ulteriores diversas. Este “punto de partida” para nuestro trabajo de campo, y los materiales que fuimos recogiendo a lo largo del mismo, nos llevaron enfocar el problema de la expulsión como un problema de desplazamiento de una forma de agricultura familiar a otra. El eje de ese desplazamiento sería entonces la pérdida de la propiedad de la tierra – imbricada con la herencia -, vector constitutivo de una categoría social de larga presencia histórica en el agro argentino: los chacareros.

En esos términos, identificamos un grupo de 16 ex propietarios que todavía habitaban el pueblo y que accedieron a encontrarse con nosotros⁴. De ellos, 9 son efectivamente exproductores, es decir, abandonaron en forma definitiva la producción agraria directa. Debemos señalar que 5 de estos exproductores no mantienen actualmente vínculo laboral alguno con el sector agropecuario (uno tiene un pequeño taller donde fabrica zapatillas, otro atiende un comercio de ropa, otro trabaja en la empresa a cargo de la autopista provincial, otro vive de su jubilación, mientras que el último realiza trabajos como albañil); los otros 4 permanecen en el sector agropecuario como contratistas de servicios (de cosecha o realizando transporte de cereales), y 2 de ellos combinan estas actividades con otras (en un caso una herrería, en otro un horno ladrillero). Por otra parte, del total de 16 ex propietarios, 7 son reingresantes.

En el análisis de las dinámicas que llevaron a la venta de los campos familiares pudimos establecer ciertos parámetros comunes. En primer lugar, su fuerte relación con los procesos de endeudamiento: con mayor o menor magnitud la deuda con bancos o cooperativas está presente en todos los entrevistados⁵. Sin embargo, la existencia de esa condición compartida no constituye de modo alguno en nuestro argumento el elemento clave que permita comprender los procesos que buscamos analizar. Por el contrario, en nuestra perspectiva de análisis las deudas constituyen hitos que condensan ciertos requisitos de las nuevas coordenadas productivas – la ampliación de la escala, la incorporación de tecnologías -. A través de los relatos, por momentos dramáticos, que nuestros interlocutores harán de estos hitos podremos observar determinadas “lecturas” y decisiones de los sujetos frente a esos requisitos. Así, la consideración de los

⁴ Nuestro listado incluía a otros 15 productores. De ellos, 7 fueron contactos y rechazaron la entrevista mientras que los otros 8 había migrado o no pudo ser ubicado en el pueblo. Además, pudimos identificar al menos siete casos de exproductores fallecidos durante la última década. La información que en algunos casos pudimos recabar nos habla de personas que enfermaron y cuyas muertes son vinculadas por nuestros interlocutores a los serios problemas que atravesaban sus explotaciones y al peso que eso significaba para ellos. No pudimos contactar a las familias que se negaron a la entrevista.

⁵ Muchos de los créditos se tomaron inicialmente para sustentar estrategias de expansión que los altos precios de la soja por aquellos años incitaban; en otros casos, para enfrentar situaciones particularmente críticas o bien para capitalizarse en maquinarias, o lisa y llanamente para solventar el capital de trabajo. A la luz de la evolución positiva de las tasas de interés y paralelamente el aumento de los costos de producción y desde 1997 hasta 2002 la disminución de los precios agropecuarios, el monto de las deudas fue incrementándose, tornándose en un peso difícil de sostener para estos productores.

comportamientos desplegados para intentar remontar la crisis, las formas en que cada uno definió “qué hacer”, adquieren una relevancia central para nuestro enfoque del proceso de transformación de rasgos e identidades entre los productores familiares “desplazados” de la propiedad de la tierra.

Según muestran los datos recogidos, los créditos se tomaron inicialmente para sustentar estrategias de expansión que los altos precios de la soja incitaban por aquellos años. Pero además fue común que también se tomaran créditos para solventar el capital de trabajo, para hacer frente a los altos costos productivos que se iban generando o bien para reponerse de las pérdidas en las cosechas, consecuencia de inclemencias climáticas. El endeudamiento sería una carga que la mayoría mantuvo durante un buen número de años. Los productores trataban de pagar las cuotas de la deuda, pero ésta iría incrementándose sostenidamente debido al efecto combinado de la distorsión de precios relativos y las altas tasas de interés existentes durante los '90.

En segundo lugar, se advierte la inexistencia de un punto de ruptura claro en el tiempo; antes bien, la salida aparece como un proceso de cierta duración que registra incluso sus primeros indicios bastante tiempo antes de que se produjera la venta total de la tierra. En rigor, tales indicios (como la venta de maquinaria o de animales, o la disminución de la superficie trabajada, e incluso la cesión de parte de su propiedad a terceros) sólo pueden ser ubicados en esa temporalidad – es decir, como “etapa previa” a la pérdida de la tierra - al reconstruir retrospectivamente el proceso desde sus consecuencias (Craviotti y Gras, 2006). En tal sentido, la salida de la producción agraria solo tomó forma como tal para los sujetos cuando la propiedad de la tierra se vio comprometida.

Ello implica que nuestros entrevistados desplegaron lo que puede leerse como distintas estrategias de sostenimiento que, a modo defensivo, buscaban encontrar un nuevo punto de equilibrio desde el cual rearmarse para seguir produciendo. Con toda su diversidad, estas estrategias buscaban conservar el capital en tierras. En ello influían principalmente dos factores: por un lado, la consideración de la misma como un patrimonio familiar heredado, construido por generaciones; por otro, la certeza acerca de la dificultad o, más aún, imposibilidad de volver a comprar tierra si se deshacían de ella; la venta aparecía para estos sujetos como una decisión que difícilmente tuviera retorno. Sus propias trayectorias anteriores dan cuenta de ello: en general, aquellos que ampliaron los campos heredados, lo hicieron mediante la compra de pequeñas parcelas en distintos momentos en el tiempo. De allí que volver a hacerse de una cantidad de hectáreas suficiente como para conformar una nueva unidad productiva pareciera remota.

Finalmente, encontramos otra característica común entre nuestros entrevistados: si bien, como se mencionó, en todos los casos el endeudamiento fue un factor expulsor de peso, ninguno llegaría al remate de sus campos. Por el contrario, la venta de la tierra se decide como un último recurso para pagar las obligaciones contraídas, cuando las estrategias desplegadas para “sostenerse” en la producción dejaron de ser efectivas. Como observamos en todas las entrevistas, la decisión de “vender” involucró decisiones que no sólo se inscribían en el marco de una racionalidad formal – esto es, en función de un cálculo en el que se intelectualizan ventajas y desventajas – sino también en el de una “racionalidad sustantiva”, que involucraba valores, afectos y una relación particular con la tierra como sustrato de subjetividades.

Se trata entonces de un proceso complejo en varios sentidos. Aún cuando el peso del endeudamiento es claro en todas las trayectorias analizadas, la salida no es resultado de

un único determinante; involucra un proceso en el tiempo en donde el “ajuste” que hasta entonces hubo entre tendencias a la reproducción y tendencias al cambio en las unidades se “disloca” progresivamente. En otras palabras, las dificultades para ampliar o sostener la unidad productiva por parte de los productores familiares, son de larga data; lo que encontramos en estas trayectorias es la creciente falta de correspondencia entre las estrategias y cursos de acción emprendidos y sus resultados en términos de su contribución a la persistencia de la unidad productiva. Es decir, estas estrategias dejan de ser efectivas y colocan a los sujetos frente a un escenario antes insospechado, donde se trastocan sentidos largamente arraigados.

Con esta necesariamente breve descripción no queremos concluir que las nuevas coordenadas productivas afectaran a un conjunto claramente delimitado de agricultores familiares. Si bien los desplazados lo reflejan cabalmente, otras franjas dentro de esa categoría se vieron enfrentadas a pérdida de capacidad productiva y procesos de endeudamiento. Resulta necesario destacar que las situaciones de crisis, las deudas, no son un rasgo propio de la última década. Por el contrario, las trayectorias de los productores familiares informan que estas experiencias han estado presentes una y otra vez. De hecho, el fenómeno de la expulsión de explotaciones agropecuarias, en especial, las de menor tamaño se advierte ya al comparar los datos del censo de 1988 con los de 1969. Según señala Balsa (2002), son las explotaciones más pequeñas (de hasta 25 hectáreas) y los arrendatarios “puros” (es decir, sin tierras propias) los principales afectados en ese período, en tanto que la mediana explotación habría participado de la expansión agrícola de fines de los '70 y los '80, junto con las grandes explotaciones. Sin embargo, en los '90 el proceso de expulsión de productores se profundiza no sólo en términos cuantitativos sino también al involucrar a actores anteriormente consolidados.

Pero además, el período reciente muestra de manera cabal la descomposición y recomposición de perfiles y rasgos de la agricultura familiar, que van redefiniendo los contornos y la estructuración de categorías y sujetos incluidos ese mundo social. En ese sentido es posible afirmar que en la última década se ponen en cuestión determinados saberes que van desdibujando la identidad chacarera asentada en la idea del agricultor familiar, mientras toma cuerpo la exigencia de una mayor “profesionalización” de la agricultura. La creciente externalización de tareas productivas – impulsadas también por la introducción de semillas transgénicas y de la siembra directa -, la diversificación de formas de comercialización (mercados a término, a futuro, etc.) implicaron cambios cualitativos en la gestión de la explotación.

Así, a la par que disminuía la importancia del trabajo familiar directo – y en consecuencia aumentaba la dependencia de agentes externos para la tarea productiva – se incrementaba la necesidad de una mayor especialización en el trabajo de gestión en una amplia variedad de órdenes: el manejo financiero y contable, el manejo de información sobre precios y comportamientos de mercado, la organización flexible de recursos productivos, la gestión agronómica – que incorpora la necesidad de evaluar rendimientos y productividades a la hora de definir la aplicación de agroquímicos-, la planificación, etc. Estas nuevas aptitudes demandadas concomitantemente con la incorporación masiva de tecnología, requerirían en forma creciente de nuevos saberes no transmitidos por generaciones anteriores; ellos circularían por otros espacios como los que proponen congresos, ferias, jornadas. El acceso a estos espacios no sólo es costoso sino que también es visualizado por muchos de los productores como algo totalmente lejano. Así, el nuevo modelo productivo iría diluyendo los saberes prácticos acumulados.

Es importante subrayar que al introducir el problema del conocimiento y la gestión no estamos de modo alguno estableciendo una divisoria entre productores “tradicionales” y “modernos”, ni que ella intervenga como resorte explicativo de los procesos de expulsión. Por el contrario, como planteamos en un trabajo anterior, sostenemos que “la cultura “chacarera” y los nuevos aspectos se entremezclan, se tensionan, se pueden fugar por cualquier resquicio y reaparecer con nuevos sentidos” (Giarracca, Gras y Barbeta, 2005: 101). En efecto, los entrevistados del sur santafecino no eran en modo alguno “productores tradicionales” que fueran “reacios” a la incorporación de tecnologías o a la toma de decisiones productivas que buscaran aumentar sus beneficios. Por el contrario, sus lógicas productivas muestran la presencia de “racionalidades” atentas a la evolución de variables de mercado. Asombra incluso al abordar las entrevistas, la velocidad con que operaron los cambios tecnológicos y la expansión masiva de la soja. Nuestros entrevistados incorporaron la siembra directa – en general, mediante la contratación del servicio, aunque también adaptando las viejas sembradoras – y el paquete tecnológico asociado a esta tecnología, al que accedían mediante vínculos de compra venta con empresas de insumos o bien a partir de la relación con las cooperativas. La toma de tierras para aumentar la escala productiva es otro comportamiento que se inscribe en ese horizonte. Sin embargo, las formas en que estos sujetos buscaron participar de la expansión agrícola de la última década fueron menoscabando sus márgenes de maniobra. Puede plantearse en este sentido que la lógica productiva desarrollada por estos productores acrecentó su nivel de riesgo, tanto por la vía de la dependencia financiera como de la consolidación de una estrategia de monoproducción, que los dejaría sin otras alternativas productivas.

A modo de síntesis, entonces, los procesos de salida – entendidos como desplazamientos de una forma de agricultura familiar que combinaba la propiedad de la tierra y la organización productiva con la familia como pilar fundamental – pusieron en juego no sólo la inscripción productiva de aquellos afectados sino más ampliamente un cierto modo de operar la empresa familiar. Los expulsados de la actividad agropecuaria y los que persistieron o reingresaron, los que perdieron la propiedad y los que la mantuvieron se vieron igualmente confrontados con la puesta en cuestión de sus saberes y prácticas. Desde los discursos técnicos se fue conformando un verdadero marco “normativo” que iría legitimando ciertas conductas en detrimento de otras – definidas en forma creciente como “tradicionales” -, y en consecuencia delimitando criterios de aceptabilidad respecto de los cuales los propios sujetos comenzarían a evaluar sus propias acciones y las de los otros⁶.

Confrontados con estos criterios y frente a la debilidad relativa de discursos que tradujeran en otros términos los procesos de cambio recientes, los sujetos se vieron obligados a enfrentar individualmente los avatares de la nueva situación. Desdibujada la socialidad del proceso, la crisis adquiriría el carácter de “personal”. En los siguientes apartados, abordaremos el modo en que en ese marco se generarían distintas imágenes sobre los sujetos afectados por la crisis, explorando las dinámicas y tensiones sociales que de ellas se desprenden.

⁶ Es interesante recordar en ese sentido que la imagen paradigmática construida mediáticamente (vía los suplementos de campo de los diarios nacionales de mayor distribución, como La Nación y Clarín), fue la de productores “emprendedores”, quienes se consolidaban por aquella época. Si bien hijos de productores familiares, la nueva generación de la que informaban estas fuentes periodísticas se distanciaba de su antecesora al hacer énfasis en la capacitación y la profesionalización en el manejo de la empresa agropecuaria.

2. Visiones del proceso y horizontes de acción

Trabajamos a partir de entrevistas en profundidad que buscaron captar a través de los relatos de los sujetos las características de un proceso determinado y sus consecuencias posteriores en la vida de los mismos⁷. Estos relatos nos alcanzaron una reconstrucción retrospectiva de los hechos, un ejercicio de memoria que, como tal, es una construcción narrativa antes que la simple réplica de una experiencia que puede ser recuperada y revivida tal cual fue.

El material de las entrevistas, los diálogos mantenidos con nuestros interlocutores, con los informantes calificados nos mostraron que la liquidación de la unidad productiva, lejos de ser una situación “normal” para familias que durante dos o más generaciones traspasaron de una a otra un patrimonio y un “modo de vida”, es experimentada por los sujetos simultáneamente como una “dislocación personal y como una desorganización del mundo social que los rodea” (Kessler, 2000: 27). En ese sentido, la construcción que ofrecieron nuestros interlocutores sobre las situaciones que derivaron en la venta de la tierra da cuenta como todo ejercicio de memoria de aquellos deseos y negaciones que en la rememoración los sujetos recuperan (Sturken, 1997). Sin embargo, la mirada sobre el pasado no opera en el vacío; la síntesis que elabora encuentra parte de su sustrato material y simbólico en el lugar al que la trayectoria afectada por los acontecimientos - que la rememoración elabora - llevó al sujeto. En tal sentido, la posibilidad de construir alguna síntesis que interiorice las condiciones de la trayectoria está atravesada por la medida en que los sujetos lograron reposicionarse luego de la experiencia de perder su lazo – un tipo de lazo – con la propiedad familiar de la tierra.

Nuestras entrevistas fueron realizadas en muchos casos varios años después de los sucesos que pretendíamos abordar⁸. Sin embargo, pese al tiempo transcurrido, encontramos que la pérdida de la propiedad de la tierra no era una experiencia “pasada” sino que seguía siendo presente y traumática para muchos de los entrevistados. Más aún, pudimos comprobar que, en algunos casos, la situación de entrevista constituía la primera oportunidad en que los sujetos “hablaban” públicamente de la situación que habían atravesado. Los silencios sobre estas experiencias – tanto hacia sus vecinos como incluso dentro de la propia familia – dejaban entrever cierta sensación de sanción social de la que los sujetos se sienten objeto. En ese marco, a lo largo del trabajo de campo volvimos a reflexionar sobre el significado de las negativas a la entrevista: “no puede hablar”, “no quiere hablar”, “está enfermo”, fueron varios de los argumentos ofrecidos. Estos silencios

⁷ Consideramos, con Bertaux (1989), que los relatos de un trozo de la biografía de un determinado conjunto de sujetos son “anatómicos” de lo social, es decir, que es posible encontrar allí ciertos recorridos comunes entre individuos de un mismo sector social en un determinado contexto histórico.

⁸ Al momento de realizar el trabajo de campo (entre 2004 y 2006), la producción agrícola evidenció importantes incrementos que fueron acompañados de aumentos significativos en los precios de los granos como consecuencia del alza en los precios internacionales. Cabe señalar, asimismo, que la devaluación de 2002 benefició a los sectores exportadores y cambió la estructura de precios relativos en el agro. Concretamente, mejoró la rentabilidad de los productores agropecuarios, parte de la cual fue captada por el Estado mediante la aplicación de retenciones. Para los productores endeudados que habían logrado aplazar los remates de sus tierras, la modificación del patrón de cambio brindó cierto aire y les permitió resolver en mejores condiciones la deuda con bancos y/o cooperativas. Por otra parte, se produjo en esos años un proceso de capitalización vía compra de maquinarias y de incremento de la superficie bajo arriendo.

eran de algún modo indicativo de las dificultades – más allá de la enumeración de hechos – para dotar de algún sentido posible lo vivido.

Lo que es interesante de remarcar es que varias de las situaciones enumeradas por los entrevistados al referir a lo “sucedido” estaban en su registro de experiencias. En efecto, nuestros entrevistados pasaron por distintas situaciones críticas a lo largo de sus historias, ya fueran aquellas relacionadas con cuestiones climáticas – sequías, exceso de lluvias, heladas, etc. – o aquellas vinculadas con el escenario económico – períodos inflacionarios, variaciones en el tipo de cambio y en las tasas de interés, etc. –. En sus relatos las “épocas buenas” y las “épocas malas” se sucedían y frente a ellas, los sujetos parecían oponer siempre el “trabajo duro”; fue una constante en las entrevistas la mención a que “siempre se adaptaron y siguieron”. Es por eso que en muchos casos, los relatos adquirieron el tono del “extrañamiento”: la incompreensión respecto de porqué los conocimientos y saberes que en su experiencia anterior les habían permitido mantener y manejar sus explotaciones perdieron eficacia; porqué ahora parecían más bien explicar la pérdida de su tierra (“no supe hacer”).

- *¿Y en qué año empezó a ponerse complicada la cosa?*

“Yo no tengo memoria para eso, viste, pero yo hace siete años que estoy (viviendo en el pueblo) y haré diez años, doce... yo no recuerdo (...) Y... yo diría que... o en el '90 o por ahí cerquita. Yo no recuerdo, viste cómo era, pero antes, de un año tenía bien la cosecha, un año regular, uno mal, ibas tapando la cosa...se compensaba... después se hizo más difícil por los altos intereses que vinieron... el tiempo que estuvo... cómo es... Alfonsín⁹ en el gobierno, con los intereses de hiperinflación que hubo ¿Te acordás?... no me quiero ni acordar... se puso muy difícil, muy mal, muy mal... pero de mal en mal, encima se iba llevando, viste... después llegó el momento (en) que pierdo cuatro cosechas seguidas..... nunca más... y si no lo vendo, me lo pierdo directamente, claro”.

Para Horacio, el productor citado en el párrafo anterior, el principio de la década del '90 marcó un punto de inflexión. A pesar de haber atravesado otros momentos económicos difíciles históricamente, considera que las cosechas “buenas” y “malas” se compensaban año tras año. Sin embargo, algo cambio a partir de los '90. El ex - productor titubea explicaciones que tienen que ver con el endeudamiento pero la radicalidad de la crisis hace que le sea muy difícil hilvanar una explicación posible.

El relato de este otro entrevistado sugiere algo parecido. Productor de “toda la vida”, atravesó ciclos económicos cambiantes, buenas y malas rachas durante distintas épocas históricas. En los 90, sucesivos cambios climáticos (inundaciones y sequías), endeudamiento para afrontar las pérdidas, parecen ser algunas de las respuestas que encuentra para explicar sus dificultades pero definitivamente no está demasiado convencido de ello:

“Y del '90 en adelante se... no sé qué paso, no, no... medio como inexplicable ¿no? Quedamos fuera... y aparte tuve la mala suerte de tener varios contratiempos de... con el clima, vio, que agarramos inundaciones en el norte, sequía... sequías acá que no es una zona... normal que haya sequía..... sin embargo vinieron dos o tres años de sequía... y... ya metido un poco en los bancos, no hubo más forma de salir... compré... primero saqué un crédito para comprar vacas... y después saqué un crédito para comprar una cosechadora... y ya se hicieron varios (...) Sí, se trató de hacer... pero no, no, no... aparte, qué se yo, pensamos que la cosa siempre iba a cambiar, iba a cambiar y bueno, las vendo, arreglo... resulta que no alcancé a pagar todo”.

⁹ Raúl Alfonsín fue presidente constitucional de la Argentina entre 1983 y 1989.

Para algunos de nuestros interlocutores, esta dificultad para comprender, para dotar de sentido los sucesos vividos, es indicativa de la medida en que los procesos recientes involucraron “algo más” que la pérdida de un capital. Ello se hace claro al advertir a partir del material de campo la medida en que tierra y nombre se han correspondido y fusionado históricamente. En efecto, la tierra aseguró la reproducción material - proveyendo al sustento familiar - y simbólica de los productores familiares - a través de la transmisión de un apellido, que informaba de una identidad familiar -. Mencionar un apellido en la localidad donde viven nuestros entrevistados trae inmediatamente historias familiares signadas por la posesión de un campo, por las desventuras y cuidados de esa tierra, por su transmisión de generación en generación. La temporalidad familiar se organizaba alrededor del mecanismo hereditario en un doble sentido: con la tierra se delegaba el esfuerzo acumulado a los hijos, a la vez que se transfería un hacer y un ser. En ese sentido, la pérdida de la propiedad supone una escisión del habitus en términos de Bourdieu (1999): la evidencia de la imposibilidad de perpetuar la empresa familiar devela una experiencia que deviene en la certeza de que el trabajo realizado durante años para reproducir intra e intergeneracionalmente la unidad familiar (medio de ocupación y de vida) se “hundió”, dejó de tener el sentido que en sus vivencias y memorias tenía. Se entiende así que desprenderse de la tierra no fuera una decisión fácil de tomar. Es también la pérdida de un nombre y de un destino más o menos prefijado por los mecanismos de herencia, desprenderse del pasado y del lugar que el mismo aseguraba para el presente de las nuevas generaciones.

En los relatos de nuestros interlocutores se advierte la desesperación y el carácter traumático de la situación para algunos entrevistados y la sensación de haber sido meros “objetos” de la situación; la dificultad para entender cómo se había llegado a ese desenlace va de la mano de la dificultad para delimitar de qué recursos se disponía frente a la crisis. Quedarse sin la tierra aparece efectivamente como una situación en la que los sujetos se quedan “sin nada”, es decir, sin otros capitales simbólicos y sociales, aún cuando como en el caso de Héctor, el entrevistado cuyo relato transcribimos, con la diferencia entre el dinero recibido de la venta del campo y la devolución de su deuda pudieran comprar una casa o organizar una nueva actividad económica:

“Yo esperé un tiempo así como decís vos, pero... después me di cuenta que la cosa no iba y yo dije: vendo y pago de una, porque así llegué a salvar algo de plata (...) No, ya no había nada (para hacer) con la semejante desesperación le vendí todo, no dejé nada (...) La desesperación de perder lo que había heredado. Un dolor enorme, no sé cómo explicarlo. Calculá, la herencia de mi papá, a mi abuelo, de mi papá hacia mí. Quedarme sin nada. Lamentablemente es así como te cuento... no hay nada, nada que... para mentirte, viste (...) Yo no sé si haría las cosas diferentes, eso no sé, he perdido tiempo de campo... que eso ya ni sé, viste”.

Luego de vender el campo, nuestro interlocutor compra una casa en el pueblo y se dedica desde entonces a trabajar en la construcción. A pesar de ello, la dificultad para hablar de lo sucedido muestra cómo este hecho traumático sigue marcando la temporalidad biográfica de Héctor, de modo que no puede inscribirla cabalmente en su experiencia ni ligarla con una temporalidad social. *“Como te dije, no quiero ni acordarme viste, era algo muy... muy, viste... es prácticamente como perder un... un... ser querido, viste. Por lo menos en esa actividad en la que uno se crió... qué te parece... es como perder, como perdí a mi madre, mi padre, viste... no sé explicar de otra forma... es imposible”.* Es decir, remite a otros eventos personales y no a un proceso social más amplio que involucró a otros como él, vecinos y parientes en algunos casos. Estos “otros”, que pasaron por situaciones similares, aparecen desdibujados, no es con ellos que ha podido construir este registro en su experiencia.

Estos relatos quebrados, donde la palabra circula con tanta dificultad y donde todavía la pérdida de la tierra es leída como la pérdida de una forma de vida, se recortan contra otros: los de aquellos que pudieron sortear la crisis o la de aquellos que, aún perdiendo también la tierra, pudieron resignificar capitales e incorporar en sus trayectorias posteriores los atributos y cualidades que en el nuevo escenario parecían valorizarse. Esa incorporación y valorización en la trayectoria posterior requeriría de un trabajo individual que, a diferencia de los sujetos cuyos relatos describimos como “quebrados”, daría lugar a relatos marcados por la positividad. Es decir, resultantes del encuentro entre sujetos desplazados y los discursos y recursos puestos en juego por el nuevo modelo: flexibilidad, un nuevo tipo de racionalidad y una relación “profesional” – no afectiva – con la tierra.

Veamos cómo operan esas dimensiones en el siguiente testimonio. Orlando, también vendió el campo familiar como consecuencia de las deudas. A diferencia de otros entrevistados que atravesaron situaciones parecidas, este interlocutor ofrece una jerarquización, ordenamiento y explicación de los hechos.

“Siempre hemos tomado créditos, ya sea para negocios rápidos, qué se yo, te salía un lote de hacienda que era negocio, vos tomabas un crédito de esos a 6 meses y con lo que venías engordando (se refiere a la actividad ganadera que realizaba) a lo mejor cancelabas, te quiero decir que veníamos acostumbrados a pagar ese interés del 20, 30%. Entonces cuando aparece esto (se refiere a las cédulas hipotecarias) que parecía que al 9, 11, o 7%, era la panacea, viste, pagar el 7%. Resulta que la rentabilidad era cero. Entonces no lo podíamos pagar ni al 7 ni al 2%”

Más aún, en la elaboración de este ex propietario, se observa la construcción de un sujeto activo que podía evaluar - aún cuando no controlar - el contexto de manera más o menos adecuada; es decir, que tenía una *visión* sobre el proceso y que advertía de algún modo que ese contexto estaba reconfigurando sus certezas y saberes previos: “Vos empezás a ver un análisis general y decís: bueno, esto no; pero creo que generalmente es la realidad la que te decía [cuál era tu situación realmente]. Vos levantabas tantos kilos de soja y la ganancia, suponete, era una hectárea de soja que te puede dejar 100 pesos, entonces vos decías: en una unidad de 200 hectáreas, donde nosotros es mixto, sembrábamos 100 y... no podía dejar 10.000 pesos de ganancia, jeso si el precio se acomodaba! Entonces era una realidad que no cerraba”.

Pero lo que es quizás más interesante de señalar en el relato de Orlando es cómo resignificó en el proceso la relación con la tierra y en sentido más amplio su forma de inserción en el sector agropecuario. Como puede advertirse, esa mediación subjetiva posibilitaría la reposición de la acción. Orlando decide vender su campo en 1997, también con el objetivo de pagar al banco el dinero adeudado. Casi inmediatamente, organiza con las maquinarias que todavía mantenía la venta de servicios de cosecha a otros productores. Esta actividad era realizada anteriormente por Orlando, pero él la describía como “de apoyo”, es decir, para amortizar las inversiones realizadas. En el momento de relatar el modo en que tal decisión fue delineándose, observamos la puesta en juego de un sujeto que expresa una racionalidad económica “pura”, que busca demarcarse de legados previos – la tierra, patrimonio familiar, puede ser hipotecada pero no embargada – en pos de mantener cierto nivel de control sobre la situación: “ya entonces, o sea o tomamos una decisión y digamos salvamos parte, o jugamos a que sea lo que Dios quiera, entonces dijimos bueno, salvemos lo que nos queda: vendamos, paguemos y nos quedamos con algo y vemos que hacemos. Y ahí arrancamos con la prestación de servicio?”.

Orlando plantea entonces el desplazamiento (que lo lleva desde su inscripción como sujeto propietario a la de prestador de servicios) como un tránsito hacia otra posición que también había estado presente en su historia. La descripción y análisis que Orlando va haciendo del curso que fue tomando este emprendimiento y sus decisiones en ese marco van mostrando los trazos de una nueva flexibilidad que se plantea como rasgo propio de los “jugadores” del nuevo escenario: *“tenía dos cosechadoras chicas, las cambié por una grande; compre la sembradora de siembra directa con capital del campo (se refiere a las ganancias de la venta de servicios), porque la pregunta era ¿me compro un pedacito de campo, que podían haber sido, qué se yo, 60 hectáreas de campo agrícola, o me juego por este otro lado? Yo decía si con 200 hectáreas no pude pagar el crédito, con 60 me va a quedar el mismo agujero. Entonces vos hacías los números de lo otro, si lo mirás desde el punto de vista de la inversión, decís bueno, el campo siempre es campo, la tierra siempre es tierra, pero esto dejaba ganancia, entonces si con esto tengo ganancia a lo mejor puedo”*.

Nuestro interlocutor continúa su relato haciendo eje, justamente, en los problemas que empezaría a tener cuando hacia el 2001, en su zona de trabajo se hace evidente una sobre oferta de los servicios que ellos ofrecían: *“En el 2001 se volvió a producir un quiebre para lo que era lo nuestro ¿por qué? Porque, enhorabuena, todo mejoró y lo que nosotros hacemos ahora hay doscientos mil [personas que lo hacen], entonces ya tenemos que cambiar, por esto te decía, lo mejor es cambiar, o sea, nunca te podés dedicar, decir yo soy... yo hago esta actividad, tenés que venir a los golpes, viendo dónde está el negocio”*. Este tramo de la entrevista muestra cabalmente un modo de desplazamiento que comienza con la pérdida de la propiedad pero que se instala posteriormente caracterizando nuevos perfiles identitarios. En efecto, Orlando nos habla de un proceso en el que ser y hacer se diferencian, distancian y tensionan. Reconstruir ese *hacer* deviene una tarea permanente para el actor. La “actividad” es resultado de una creación individual, no exenta de incertidumbres y “golpes”.

La comprensión del nuevo escenario como uno que requería de cambios en el modo de hacer de los sujetos y el distanciamiento que iría imponiendo sobre los horizontes de acción “conocidos” también se aprecia en el siguiente relato. Como en los anteriores, Martín vende su tierra como consecuencia del endeudamiento. Al explicar esta decisión – por qué vende sus 520 hectáreas en una sola operación –, lo hace diferenciándose claramente de lo que hicieron otros en su misma situación. *“Yo conozco muchos (campos) que se reciben de herencia y entonces empiezan a vender alrededor del casco del campo de a pedazos pero no podían recuperar nada, que con esos pedazos no les alcanza para nada. En cambio nosotros vendimos todo, que fue... te digo que no fue fácil porque es una decisión que... porque es tu medio de vida, uno trabajó toda la vida ahí”*. Más aún, su relato pone en juego una dimensión interesante: la apelación a decisiones que no involucraran ningún sentimiento que pudiera ligarlo a la tierra, a ese campo. Al referirse a la decisión de vender, Martín dice: *“¿Quiere que le diga una cosa? No perdí una hora de sueño. Porque yo tenía una idea, de que ese campo con las cosas que me pasaron no era para mí (...) así que yo he llegado a comprobar que no tengo corazón, que tengo una lata de sardinas... Me podría haber muerto de angustia, no del corazón. Hubo mucha gente que se enfermó, hubo gente que se murió... yo no me he muerto porque tengo una lata de sardinas acá”*.

Dejar de lado los sentimientos – tan presentes en otros relatos a los que hemos referido – habilitaría para Martín la posibilidad de construir otra relación con la actividad agropecuaria y con el campo, reponer a un sujeto que desligado de la herencia pudiera desplegar otras estrategias. En ese marco, los principales capitales con los que contaría serían la experiencia y el renombre que había adquirido durante 30 años en el negocio de compraventa de ganado. La herencia se corporizaba ahora no en un “lugar” – un campo determinado – sino en un capital cultural y en dinero líquido que le quedó luego de pagar sus deudas en el banco, con el que volvió a comprar tierras en la provincia de Entre Ríos.

A lo largo de las páginas anteriores hemos tratado de recorrer las distintas formas en que un proceso social fue reconstruido por los sujetos. De manera trabajosa en algunos casos, reponiéndose como sujetos activos que comprendieron las nuevas reglas de juego en otros, nuestros interlocutores ofrecen criterios clasificatorios de las transformaciones ocurridas en la última década. Tales procesos de disolución de formas sociales y vínculos preexistentes son también procesos de pérdida de creencias y normas orientativas. Estas dimensiones de los procesos sociales – a las que Beck denomina como de “liberación” y de “desencanto” respectivamente (1998) – son clave para la reconfiguración tanto de las identidades como de las redes de pertenencia social y, por tanto, del mapa de relaciones sociales de la comunidad donde residen nuestros interlocutores.

3. Ganadores y perdedores: estigmas y reconfiguración del espacio social

A medida que avanzaba nuestro trabajo de campo, fuimos advirtiendo que si bien el endeudamiento era presentado en todos los relatos como un proceso con una clara dimensión social y política – las medidas de un gobierno que había desprotegido a los pequeños y medianos productores, el sesgo “antiproductivo” de tales medidas, la transformación de la cooperativa en organizaciones que comenzaban a regirse exclusivamente por criterios administrativos – a la hora de reflexionar sobre las decisiones y las acciones desplegadas frente al mismo escenario dicho proceso perdía lentamente su socialidad para devenir un tema de competencia personal frente a la crisis. Comenzamos a preguntarnos así en qué medida estas disputas soterradas traducían dinámicas sociales más amplias y profundas.

Como vimos, el proceso que derivó en la pérdida de la propiedad de la tierra fue significado de modos diferentes según la posición de cada sujeto y los resultados alcanzados en sus trayectorias. En un escenario en el que se ponía en juego nuevos perfiles productivos, ese proceso, a diferencia de otros momentos, hizo más crudas y más significativos la consideración de los sujetos sobre las capacidades técnicas de unos y otros, sobre sus experticias en el manejo de la empresa familiar, sobre los comportamientos vinculados con el pago de deudas, las decisiones de inversión, los estilos de vida. Normas sociales y encuadres técnicos se conjugaron para redefinir obligaciones que no sólo se disputaban desde el sentido de “reglas” sino también de comportamientos deseables.

Así, al interior de un grupo de familias ligadas por varias generaciones a la producción agropecuaria, en muchos casos fundadoras del pueblo, se generó una diferenciación interna que más que recortarse sobre la magnitud relativa de su riqueza, se asienta sobre criterios de aceptabilidad y credibilidad que informan sobre aquellos comportamientos y actitudes socialmente valorados por el colectivo. En ellos se conjugan nociones que definieron a lo largo del tiempo “qué es ser un productor familiar” así como los nuevos rasgos que esas mismas nociones han ido adquiriendo. Sobre ellas se definen las identidades sociales se producen y transforman en la interacción, y en tal sentido son siempre objeto de disputas y conflictos. Es decir, son siempre el producto de un trabajo social de construcción de sentido.

La relación individual, mediata (o poco mediada) con el problema del desplazamiento sustentaría su consideración social como una cuestión de disposiciones psíquicas, como una cuestión de insuficiencia personal. En varios de nuestros interlocutores ella toma la forma de una auto incriminación, que solo es matizada al aludir a la inexperiencia que tuvieron para “manejar la crisis”, a que no estaban “preparados”.

Como reflejan las palabras de Pedro, la cuestión no se podía delimitar solo como efecto de las condiciones del contexto, en tanto la historia construida en torno de la identidad “chacarera” remitía a la construcción de un capital simbólico cuya fuente principal había sido la capacidad de “sobreponerse”, construcción que no dejaba de tener algún efecto sobre los sujetos cuando otros productores en iguales condiciones productivas sí habían logrado sortear la crisis y persistir, o bien enfrentados a las deudas habían logrado reconvertir capitales.

“Yo no le echo toda la culpa a las políticas del gobierno, yo pienso que fue mi culpa de haber dejado a mi hijo o que yo no supe manejar la situación. Lo del precio de los cereales, los intereses y todo fue tremendo, porque yo me acuerdo que no valía nada, pero todo esto estuvo también. Aparte de eso, mi comportamiento, digamos, no estuvo acorde con las necesidades que hacía para defender todo eso. Yo soy responsable también, porque hay gente que tenía la misma cantidad de campo que yo que sobrevive”

En forma concomitante y ciertamente contrastante, el mismo tipo de clasificaciones sostendría la evaluación y comprensión de aquellas situaciones en las que la crisis había logrado ser sorteada. Es importante en este punto referir al modo en que desde los actores que se consolidaron con la última década – los empresarios rurales innovadores analizados por Hernandez (2006) – se legitimaría el nuevo modelo agropecuario. En efecto, en su construcción simbólica e ideológica, la expansión ligada a la incorporación del paquete siembra directa – transgénicos no da lugar a una lógica de ganadores y perdedores en sentido tradicional, sino más bien a una redefinición de posiciones que requiere de la capacidad de adaptación flexible y reconversión permanente. En este esquema, la inclusión en el nuevo modelo centrado en la tecnología y la innovación generaría posibilidades potenciales para todos, demandando para ello la capacidad de redefinir los roles y funciones desplegadas hasta entonces. La tierra devendría así un mero factor de producción que debía ser despojado de su condición material de soporte de relaciones sociales. Desde esta lógica, los ganadores no serían resultado de una puja de poder económico sino más bien producto de ciertas respuestas a la interpelación del nuevo modelo. Así, también se trata de disposiciones individuales para “entrar” en la racionalidad que demanda el escenario actual.

Cabe subrayar en este punto que los “ganadores” de la localidad que estudiamos no son tales en sentido estricto. No encontramos ciertamente en ellos a los núcleos más dinámicos del nuevo modelo. Sin embargo, en el ámbito local en que estudiamos estos procesos de cambio, la distinción corresponde a quienes pudieron responder en alguna medida a la radicalidad de la ruptura que el nuevo modelo impone: aquellos que, aún perdiendo sus tierras, devinieron en tomadores de tierras “copiando” en cierta medida la estrategia de los empresarios innovadores, centrada en el control de la tierra antes que en la propiedad de la misma; aquellos que se reconvirtieron en contratistas de servicios de maquinaria y a diferencia de la antigua estrategia desarrollada, recorren zonas distantes del pueblo incluso fuera de la provincia de Santa Fe; finalmente, aquellos que sin ser desplazados de la propiedad de la tierra lograron dinamizarse con la incorporación tecnológica y la adopción de las nuevas lógicas productivas. No obstante, estos “ganadores” son relativos: la incertidumbre los rodea

En contraposición, los “perdedores” se delinean como aquellos que quedaron sin la tierra pero también sin otros resortes que les permitieran mantener vínculos con la actividad agropecuaria. No son perdedores en el sentido que buena parte de la literatura académica ha analizado a los “excluidos” en tanto “nuevos pobres”. Por el contrario, aún preservando ciertas condiciones de vida, los “perdedores” en nuestra investigación son

quienes no pudieron reconvertir sus capitales económicos, culturales y simbólicos de modo tal que les permitiera mantener alguna conexión con el sector agropecuario. Conexión que garantizaba también la inscripción en una historia familiar, estrechamente articulada con el “nombre” y la posición ocupada en el pueblo, en la comunidad local.

Es interesante destacar que no es la pérdida de la tierra por sí misma, sino qué se hizo en ese proceso; no es tampoco la deuda en sí misma, sino cómo ella se generó. En torno de estas cuestiones, podemos advertir los trazos de una dinámica de estigmatización, que irían delimitando ciertas divisorias en función de las cuales algunos sujetos se ubicarían en la posición de poder “clasificar” conductas y comportamientos mientras que otros aceptarían esos criterios y solo muy tangencialmente los cuestionarían.

En el relato de Martín, a quien referimos en páginas anteriores, se observa claramente la puesta en juego de esos criterios. Transcribimos un párrafo extenso de la entrevista para presentar la construcción de tales criterios:

“Hay que ver porqué se fundió esa gente. Por qué se fundió esa gente. Hay mucha gente que quiso dar el paso más largo de lo que usted puede y eso no va.

-¿Cómo es eso de dar el paso más largo?

Y es la ambición. “Si la llego a pegar me paro”. Pará no es tan así la cosa (...) Entonces hubo muchos que por falta de experiencia, por ambiciones desmedidas, pero le echamos la culpa al gobierno, eso sí, eh, dicen “con este gobierno que quieres” no, no es tan así tampoco...si bien no tenemos genios en el gobierno, usted tiene que saber a dónde se puede llegar, y claro veían que el vecino se compraba una camioneta nueva, y por qué no me la voy a comprar yo, porque eso existe acá en el campo, existe, ¿no?, si fulano cambió el tractor, yo también lo voy a cambiar, pero pará, ¿vos podés cambiarlo? Y no, pero lo cambió fulano, ¡y bueno pero fulano sabrá! De esos hay muchos. Pero yo le diría que el que se tenía que fundir ya se fundió. No se que podrá pasar de ahora en más, pero el que se fundió por mal manejo, el que se tenía que fundir por mal manejo, ya se fundió. Porque es muy fácil ir y decirle al gerente del banco présteme 100 mil pesos, le otorgan los 100 mil pesos, ese día va y le da un beso al gerente y dice, qué gerente macanudo, a los 6 meses hay que pagar la primera cuota; pero fijate, éste no me deja respirar un día, pero si vos cuando lo sacaste sabías que tenías que pagar, ¿podías pagar? Pero no es cuestión de decir...problemas podemos tener todos, pero hay que ver en base a que fue ese problema. Hay que ver.

-¿O sea que los que se fundieron en la zona fueron los que quisieron hacerse más grandes?

Lo que pasa es que tenían 100 hectáreas y tomaban 500 afuera. O sea es lo que quería decir, con lo que querían dar el paso más largo de lo que podían llegar. Y no es así. En el campo hay que ser conservador, el que va al frente, va despacio, pero siendo conservador, el aventurero no va. Puede andar bien un año, puede andar bien dos, pero cae seguro.

-Y estos que usted dice ¿eran muchachos más jóvenes tal vez?

Sí, o no tan jóvenes, sino con ideas que no servían...y las circunstancias también ayudaron, ojo. (...) Y ahí es cuando usted tiene que pensar y las circunstancias no lo dejan. Porque, ¿y ahora qué hago? Y le debo a este y a este otro y al otro y voy a sacar un crédito. Y cuando usted saca un crédito para pagar cuentas tiene la obligación de fundirse. Porque usted saca 20 mil pesos para producir y los invierte en la producción, es una cosa, pero si saca 20 mil pesos para pagar cuentas, no tenga ninguna duda que se funde dentro de un rato”.

En el siguiente tramo de la entrevista, Martín nos deja conocer cómo desde su punto de vista – el de alguien que se repuso “exitosamente” a la experiencia del endeudamiento y la pérdida de su campo – esos criterios intervienen en la construcción de la vida social local.

“Como es una comunidad pequeña, acá sabemos hasta quién está resfriado. Usted pregunta fulano está, no hoy no viene porque está resfriado...acá nos conocemos todos perfectamente bien, y el que hizo una macana...y borrate, borrate, porque no entra más en la conversación...tené cuidado con fulano que...todos tratamos de darnos una mano...tené cuidado con fulano que se mandó una macana enorme... o fulano no le pago a mengano...no lo hizo de mala persona, porque a lo mejor las cosas no le fueron bien, pero que se incinera, se incinera.”

-Entonces acá hay gente que, por lo que usted contaba, quedó como relegada de las amistades ¿no?

Depende de qué circunstancias, de porqué se fundió, depende cómo se fundió. Mala suerte es una cosa, si se fundió por hacer cosas que no debía hacer y bueno, que querés es un loquito, depende en que circunstancias se funda...

-¿Y esas cosas en donde se conversan?

¡En el bar! Ahí estamos todas las mañanas. Somos siempre los mismos, nos criticamos entre nosotros, porque póngale la firma que si nos mandamos una macana, nos dan con un hacha...pero bueno, es la vida de los pueblos”.

La ambición, entendida como “querer dar pasos más largos de lo que se puede”, las “ideas viejas”, la incorrecta evaluación de cursos de acción posible, delimitan así una nueva cartografía de “ganadores” y “perdedores” en la que unos, inmersos en las mismas condiciones materiales que los otros, encuentran el modo de diferenciarse habilitando un recurso de poder que les permite erigirse como “mejores”. Ese modo de diferenciarse tiene una fuerte dimensión simbólica que opera por la vía de la estigmatización. Como plantea Goffman (1970), el estigma surge cuando a partir de un atributo o cualidad del individuo se le imputa una caracterización “en esencia”, una identidad social que tiende a opacar los otros atributos de la persona y a convertirse en motivo de descrédito (Bonaldi, 2006). En este caso, lo que se esencializa es un comportamiento desplegado en una circunstancia específica: así, es un comportamiento lo que identifica a la persona, lo que informa lo que la persona es. La biografía previa parece así resumirse sin más en un solo acontecimiento.

Los que reconvirtieron sus capitales y continuaron vinculados al sector agropecuario - es decir, que no perdieron su condición de “hombres de campo”, aún cuando ello supusiera desplazamientos hacia otras formas de ocupación (como la venta de servicios) o hacia otras formas de relación con la tierra (arrendamientos, contratos de producción) – logran así reclamar su pertenencia social al “lugar” anteriormente ocupado por ellos y por las generaciones que los antecedieron. A la vez que situar a las deudas y a la venta de su tierra en una temporalidad específica con inicio y fin, esto es, como un “evento” que intervino en una trayectoria pero que no la resume. De este modo, logran mantener su pertenencia a los “luchadores que se sobreponen”, y reconfigurar cierto grado de cohesión interna grupal, amenazada por los procesos que hemos analizado aquí. Así cuando Martín dice “somos siempre los mismos” busca construir algún nivel de certidumbre y estabilidad en el marco de profundos cambios en los patrones de integración social.

La nueva cartografía encuentra de ese modo anclaje también en aquellos que interpela, y es reconocida con algún grado de validez en la interacción; la autoimagen social de los “perdedores” se modela con referencia a esas “normas” que desde ámbitos de sociabilidad como la cooperativa o el bar se configuran. Siguiendo a Elías (1998), podemos plantear que el estigma se objetiva y se cosifica en los estigmatizados, y se naturaliza como autoestigmatización, en la medida en que su autoimagen, y su autoestima, ya minadas por la sensación de “no haber podido”, son construidas siempre en relación con la mirada

normativa de un otro significativo. Ello no significa, sin embargo, que aquellos “sancionados” permanezcan pasivos frente a la sanción social pero su respuesta parece sólo poder adquirir el carácter del descargo personal.

El malestar que esa situación provoca se reconoce en el extrañamiento que aquellos desplazados en un doble sentido – de su actividad económica, de la propiedad de la tierra y también de la consideración social – experimentan respecto de ámbitos de interacción cotidiana. Así lo expresaban dos de nuestros interlocutores:

“Desde que pagué, no fui más... nunca más (se refiere a la cooperativa). Tampoco me invitaron nunca a las cenas, ni nada (...) Ellos no me invitaron pero yo tampoco fui más, viste... a la oficina a charlar con los muchachos, viste (...) Sí, yo vendí y pagué... bah, me acompañaron como a un perro malo, viste hasta donde... donde cobré... tipo delincuente, viste (...) ¡Uf!, sabés qué... porque si vos hiciste un mal negocio, te equivocaste en un negocio, bueno, es culpa tuya... “me equivoqué, hice un mal negocio (y) perdí como en la guerra”... pero esto te viene comiendo despacito, comiendo despacito, comiendo despacito, comiendo...”

“No sé si me cargo de culpas yo solo, pero veo que mucha gente te entra a tratar medio distinto, por que vos sos un tipo fundido, sos un marcado (...) sí de todo lo que se dijo, de lo incapaz, de lo inútil, de lo que habrá hecho con la plata”

4. A modo de conclusión

Durante las últimas décadas, el proceso de expulsión de productores familiares se profundizó, alcanzando incluso a productores que habían sido anteriormente exitosos en sus estrategias de expansión. Conjuntamente con este proceso, fue delineándose una imagen paradigmática del sujeto dinámico del nuevo modelo: los suplementos especializados de los diarios de mayor circulación tuvieron un papel fundamental en esa operación que ponía el acento en la capacidad innovadora, en la profesionalización y en la incorporación tecnológica tanto en el manejo productivo como económico. En ese contexto, el debilitamiento de la producción familiar devino un hecho innegable. Las formas que fueron adoptando los procesos de salida muestran así los rasgos principales de un sujeto en transformación, es decir, de una determinada forma de agricultura familiar, y los pilares que tradicionalmente la sustentaron: el trabajo de la familia, la explotación como medio de vida y el mecanismo de transmisión de un patrimonio. Como vimos, la salida de la producción involucró procesos de larga duración en el marco de los cuales el perfil y características de estos productores van modificándose.

Sin embargo, de ello no puede concluirse la cristalización de categorías y sujetos claramente delimitados en sus rasgos. Nuestro análisis sugiere procesos de transición en la conformación de los rasgos e identidades de los productores, procesos en los cuales los elementos de descomposición deben ser contrastados conjuntamente con los de recomposición. Lo que sin dudas podemos afirmar que los sujetos que abordamos en nuestro estudio conforman una “generación en transición” en la cual las dinámicas familiares, como centro y parte fundamental de una forma largamente sedimentada en el agro pampeano, se ven socavadas.

En este trabajo buscamos recuperar las visiones de los sujetos sobre el proceso y los horizontes de acción que en ese marco se fueron configurando. La redefinición veloz de esos horizontes colocó a los actores en una situación en la cual estaba en juego no solo la

inclusión en una categoría de pertenencia sino también los términos mismos de esa inclusión. No sólo se trató de permanecer sino también de hacerlo (re)validando sus capacidades y conocimientos. A diferencia de otros momentos, “saber jugar el juego” implicaba el cambio y no el mantenimiento de la “tradicción”. Sin dudas, lo nuevo y lo viejo solo pueden ser distinguibles en términos analíticos; en la práctica, como destacamos, se intersectan y entran en tensión. En tal sentido, ambos aluden a dos modos de subjetivación diferentes.

Al explorar algunos trazos de esas representaciones sobre los procesos encontramos que si bien ellas se registran en el nivel individual reenvían al colectivo. En estas representaciones los hechos y las experiencias – en una construcción subjetiva – son seleccionados, ordenados y codificados por los sujetos en una determinada forma de recordar y de hablar sobre un pasado. Como sugiere da Silva Catela (2002), la memoria condensa representaciones colectivas y principios de clasificación de la realidad social. En los relatos de los entrevistados pudimos rastrear las disputas (expresadas pero también soterradas) por la clasificación de los sucesos que derivaron en la liquidación de la unidad productiva y, en especial, de las competencias de quienes se vieron enfrentados al endeudamiento y la posterior pérdida de la tierra familiar.

A través de esas disputas se ponen en juego también dinámicas de legitimación de la propia posición y de las habilidades para el juego social así como también sobre los “otros”, redefiniendo lo que Elías llama los diferenciales de poder al interior de la comunidad. Estos han ido delimitando así una nueva cartografía de “ganadores” y “perdedores”, sustentada ya no principalmente en criterios de magnitud de posesiones materiales, sino de cualidades personales cuya presencia o ausencia es esencializada como “marca”, y que permiten sostener, aún frente a la pérdida de bienes materiales, la retención de un “signo de linaje”. La “adaptación al cambio” es resignificada en ese proceso como la capacidad para “incorporar lo nuevo” antes que “defender la tradición”. Algunos encuentran así el modo de diferenciarse – y de seguir incluidos - habilitando un recurso de poder que les permite erigirse como “mejores”. Opera así una dinámica de la estigmatización consistente, como señala Elías en “la capacidad de un grupo de colocarle a otro la marca de inferioridad humana y de lograr que este no se la pudiera arrancar, (como) función de una figuración específica que conforman los dos grupos conjuntamente” (1998: 88).

El predominio en estos espacios de lazos personales, familiares y de vecindad, con una prolongada presencia adquiere en ese marco una importancia fundamental para reflexionar acerca de las implicancias que procesos como los que nosotros analizamos tienen en las sociedades locales. En especial, la medida en que la existencia de tales lazos pudo haber generado situaciones de cooperación ya no sólo por parte de familiares o amigos sino también en el nivel comunitario. Los modos en que los relatos de los entrevistados construyen esa mirada sobre la presencia o no de “ayudas externas”, o sobre la consideración que la “comunidad” tuvo sobre las situaciones por ellos atravesadas, son seguramente parciales pero también significativos a la hora de aproximarse a las formas de sociabilidad en estos espacios locales.

Bibliografía

BALSA, Javier (2002) “Expansión agrícola y transformaciones sociales en el agro pampeano, 1969-1988” en **Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios** Nro. 16, Buenos Aires.

BECK, U. (1998) **La sociedad del riesgo**. Buenos Aires. Ed. Paidós.

BERTAUX, Daniel (1989), “Los relatos de vida en el análisis social” en **Historia y Fuente Oral** Nro. 1, Barcelona, Instituto Municipal de Historia, 1989.

BONALDI, Pablo (2006) “Hijos de desaparecidos: entre la construcción de la política y la construcción de la memoria” en E. Jelin y D. Sempol (comps.) **El pasado en el futuro: los movimientos juveniles**. Buenos Aires. Ed. Siglo XXI.

BOURDIEU, Pierre (1999) **La miseria del mundo**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

CRAVIOTTI, Clara y GRAS, Carla (2006) “De desafiliaciones y desligamientos: Trayectorias de productores familiares expulsados de la agricultura pampeana” en **Desarrollo Económico** Nro. 181, Vol 46 (abril – junio).

DA SILVA CATELA, Ludmila (2002) “Territorios de memoria política. Los archivos de la represión en Brasil” en Da Silva Catela, L. y Jelin, E. (comps.) **Los archivos de la represión: documentos, memoria y verdad**, Buenos Aires, Siglo XXI.

ELIAS, N. (1998) “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados” en **La civilización de los padres y otros ensayos**. Grupo Editorial Norma.

GIARRACCA, N., GRAS, C. y BARBETTA, P. (2005) “De colonos a sojeros. Imágenes de la estructura social del sur de Santa Fe”, en Giarracca, N. (comp.) **El campo argentino en la encrucijada**, Buenos Aires, Alianza.

GOFFMAN, E. (1970), **Estigma. La identidad deteriorada**. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.

GRAS, C., OPPEZZO, M., MANILDO, L. y LAUPHAN, W. (2005) “Desplazamiento de explotaciones agropecuarias en la región pampeana. Características, categorías de destino y efectos sobre el bienestar de los hogares”. Informe Final de Investigación. Fundación Antorchas.

GRAS, Carla (2006) “Dinámicas de cambio en la estructura agraria argentina: un análisis micro”, en **Revista Paraguaya de Sociología** (en prensa)

GRAS, C. (2006) “Identidades en transición. Acerca de los cambios en la agricultura familiar pampeana”. Ponencia presentada a las IV Jornadas en Antropología Social, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

HERNANDEZ, Valeria (2006) «Entrepreneurs «sans terre» et «pasteurs de la connaissance»: Une nouvelle bourgeoisie rurale?», en Hernández V., Ould-ahmed P., Papail J. et Phélinas P. (eds) **Travail, conflits sociaux et intégration monétaire : l'Amérique Latine dans une perspective comparée**, L'Harmattan, Collection Sciences sociales et globalisation, Paris, (en prensa).

KESSLER, Gabriel (2000) “Redefinición del mundo social en tiempos de cambio” en Svampa, M. (ed.) **Desde Abajo. La transformación de las identidades sociales**, Buenos Aires, Editorial Biblos.

MURMIS, Miguel (1998) “Agro argentino: algunos problemas para su análisis” en Giarracca, N. y Cloquell, S. (comps), **Las agriculturas del Mercosur. El papel de los actores sociales**, Buenos Aires, Editorial La Colmena.

STURKEN, Marita (1997) **Tangled Memories. The Vietnam War, the AIDS Epidemic, and the Politics of Remembering**. Berkeley y Londres. University of California Press.